

Prólogo

He caminado con Roshì Joan Halifax por la ruta de los antiguos mercaderes a través de las llanuras tibetanas, y he trepado las laderas accidentadas de las montañas de Nuevo México hasta las tierras altas de arroyos claros y tormentas de verano. Sé que ella ha circunvalado muchas veces el Kailash, la inmensa montaña de peregrinación, que ha recorrido sola los desiertos del norte de África y del norte de México, que ha caminado por todo Manhattan y ha practicado meditaciones caminando en su propio centro zen y en muchos templos de punta a punta de Norteamérica y a través de Asia. En su trayectoria de antropóloga médica, profesora budista y activista social, ha roto muchos techos de cristal, y ha arrastrado a muchos consigo. Es una viajera lúcida y valiente, y en este libro relata lo que ha aprendido en sus viajes por terrenos que muchos de nosotros apenas empezamos a descubrir, a percibir o a admirar en el horizonte del cambio individual y social.

En las últimas décadas, nuestra comprensión de la naturaleza humana ha sufrido una revolución que ha echado por la borda supuestos establecidos en muchos campos, como por ejemplo que los seres humanos somos esencialmente egoístas y nuestras necesidades esencialmente individuales: bienes materiales, placeres eróticos y relaciones familiares. Sin embargo, la investigación contemporánea en disciplinas tan diversas como la economía, la sociología, la neurociencia y la psicología revela que los seres humanos somos originalmente criaturas compasivas sintonizadas con las necesidades y el

sufrimiento de otros. Contrariamente al argumento de la «tragedia de los comunes» de 1960, que pretende que somos demasiado egoístas como para ocuparnos de los sistemas, las tierras y los bienes comunales, las variaciones de ese tipo de sistemas, desde los derechos de uso de pastos comunales en las sociedades ganaderas hasta la Seguridad Social en Estados Unidos, podrían funcionar, y de hecho funcionan muy bien en numerosos lugares (como explica Elinor Ostrom, cuyo trabajo ha estudiado la cooperación económica lograda, y le ha valido el único Premio Nobel de Economía otorgado hasta la fecha a una mujer).

Los sociólogos que se dedican al estudio de las catástrofes también han documentado y demostrado que, en situación de catástrofes repentinas como terremotos y huracanes, los seres humanos normales son valientes, tienen grandes dotes de improvisación, son profundamente altruistas y con gran frecuencia encuentran felicidad y significado en el rescate y las tareas de reconstrucción que llevan a cabo como voluntarios inspirados y organizados espontáneamente. Los datos también indican que es difícil entrenar a los soldados para que sean capaces de matar; muchos de ellos se resisten de forma sutil o evidente, o la experiencia les causa un daño profundo. La biología evolutiva, la sociología, la neurociencia y otros muchos campos aportan evidencia de nuestra necesidad de abandonar las antiguas nociones misántropas (y misóginas) a favor de una visión radicalmente nueva de la naturaleza humana.

Se han ido generando y acumulando argumentos a favor de esa idea tan distinta de quiénes somos en realidad, con implicaciones inmensas y tremendamente alentadoras. A partir de ese conjunto de supuestos diferentes sobre quiénes somos o de qué somos capaces, podemos elaborar planes más generosos para nosotros y para

nuestras sociedades y la tierra. Es como si hubiéramos dibujado un nuevo mapa de la naturaleza humana o como si hubiéramos cartografiado partes de ella descubiertas a través de la experiencia vivida y de las enseñanzas espirituales, que luego han venido a borrar esas ideas occidentales que consideran la naturaleza humana insensible, egoísta y poco cooperadora, y la supervivencia como una cuestión fundamentalmente de competición y no de colaboración. Este mapa emergente es extraordinario en sí. Sienta las bases para imaginarnos a nosotros mismos y nuestras posibilidades de formas nuevas y esperanzadoras, y sugiere que gran parte de nuestra corruptibilidad y de nuestra desgracia es inculcada, y no inherente o inevitable. Pero este mapa ha sido, en su mayor parte, un boceto preliminar o una perspectiva general, no una guía de viaje paso a paso.

Es decir, la mayor parte de este trabajo apunta a una tierra prometida de un yo mejor, más idealista, más generoso, más compasivo, más valiente. Sin embargo, la esperanza de que baste con convertirse en ese yo mejor puede resultar ingenua. En nuestra mejor versión, incluso en nuestros mejores días, nos topamos con obstáculos, como el sufrimiento empático, las heridas morales y otros desafíos psíquicos que Joan Halifax analiza muy hábilmente en *Al borde del abismo*. Nos muestra que ser bueno no es un estado beatífico, sino un proyecto complejo. Este proyecto abarca el territorio entero de nuestra vida, incluidas nuestras deficiencias y nuestros fracasos.

Nos ofrece algo de extraordinario valor. Ella se ha adentrado en esas dimensiones, ha destilado un aprendizaje profundo de las experiencias propias y ajenas, incluidas la de quienes sufren y la de quienes se esfuerzan por aliviar el sufrimiento; ha aprendido que el intento de aliviar el sufrimiento puede traer consigo su propio dolor, y ha alcanzado el conocimiento de cómo evitar ese sufrimiento y esa

pérdida de energía vital. Ha llegado muy lejos por estos complejos parajes humanos y sabe que son mucho más que tierras virtuosas que brillan a lo lejos. Ha visto de cerca lo que muchos solo atisban a distancia: los peligros, los escollos, las trampas y las ciénagas del desaliento, y también las cumbres y las posibilidades. En este libro, nos ofrece un mapa para viajar con valentía y provecho, para nuestro propio beneficio y para el beneficio de todos los seres.

REBECCA SOLNIT